

08.12.2023

16 Bienal de Cuenca

# quizá mañana

Ferran Barenblit

Curador



BIENAL  
DE CUENCA

# Quizá mañana

Hoy la Bienal de Cuenca se encuentra en una intersección definida por múltiples factores, algunos de ellos tienen que ver con su propia historia. Al llegar a su 16 edición y acumular más de treinta años de recorrido, cualquier definición curatorial debe empezar por saber leer y entender su pasado: un lugar en el que el trabajo en arte dialoga con la ciudadanía planteando cuestiones relevantes; una plataforma para los artistas; su particular inserción en el panorama cultural del país, que ella misma ha ayudado a moldear; la relación con los espacios que ocupa; una dirección técnica coherente y constante; y el decidido apoyo de todas las instituciones de la ciudad. Resulta particularmente importante la edición inmediatamente anterior, pues planteó unos caminos de no retorno que transitan por los ecofeminismos, otros saberes y mundos posibles, mismos que, desde la sostenibilidad, insisten en escuchar antes de actuar, pensar en epistemologías alternativas, y muchos elementos más a tener en cuenta.

La Bienal opera desde una ciudad, una provincia, un país, un continente que acumulan sucesivas capas de tradiciones políticas, momentos de euforia y decepción, acontecimientos de los que sentirse más y menos orgullosos, con situaciones que continuamente pueden parecer confusas. Una Bienal también se halla en diálogo con el mundo entero, los grandes sucesos que articulan nuestro ahora. Si la edición anterior se celebró venciendo notables dificultades, cuando la pandemia del COVID-19 se resistía a darse por erradicada, esta probablemente sea la primera que debe dialogar con las nuevas reglas establecidas tras este virus de alcance planetario, cuyas verdaderas consecuencias iremos descubriendo probablemente a lo largo de los próximos años, entre el dolor y el duelo que permanecen.

La planificación de la 16 edición coincide con un nuevo escenario bélico, la invasión de Ucrania, con profundas ramificaciones globales. Mientras una nueva recesión económica, marcada por un período inflacionista, asoma la cabeza, más hechos marcan la agenda global, pero todos ellos apuntan a un mismo escenario: al pasado y sus advertencias, así las coordenadas planteadas tras el supuesto fin de la Guerra Fría de 1989, la abrupta entrada en el siglo XXI marcada por los eventos de 2001 y la desgarradora crisis financiera y moral de 2008 están siendo revisadas. Es muy posible que las reglas que articularán muchos de los posicionamientos políticos, estratégicos, económicos y sociales de la próxima década se definan en el futuro inmediato, quizá en el lapso entre la publicación de este texto y la inauguración de la 16 Bienal.

La realidad ha demostrado que poder duro y blando compiten en primacía. Los ejércitos mantienen su eterno rol de coerción, ahora sometidos a una nueva norma bélica marcada por su asimétrico ensañamiento con poblaciones civiles y cierta imprevisibilidad. En muchos lugares del planeta, se ganan un espacio como eventuales “gestores del caos”. Si algún día nos visita la temida

gran disrupción global, esa gran calamidad que pondrá en riesgo al planeta entero, los Estados confiarán en sus ejércitos para contener lo imprevisible. Por otro lado y al unísono, el poder blando gana lugares y los Estados comienzan a ponerse en guardia. A lo largo de los últimos cien años, escaló posiciones, tal vez con un punto de inflexión en la Guerra Fría, cuando se encabezó una cruzada contra una serie de enemigos que hasta entonces se habían considerado inofensivos o, cuando menos, menores.

En ese contexto, son visibles las guerras culturales que protagonizan nuestros días, lo que se debate no es nuevo: las fricciones entre diferentes entendimientos de la moral pública y su aplicación en leyes que garanticen derechos, o en movimientos políticos que intenten restringirlos. La única novedad es el descarado incremento de las teorías conspirativas de todo tipo; un combustible para el populismo es la defensa de “la gente” versus unas improbables elites que quieren imponer su doctrina, nadie sabe bien por qué. Es ahí donde entra en juego aquello que de forma amplia definimos como *producción cultural*, en la tensión por fijar un relato. La esfera social se convierte en un nuevo espacio de confrontaciones, donde lo público y lo privado colisionan. Los disensos, planteando una agenda repleta de pactos, querellas y contradicciones, tejen tanto ideologías difusas como políticas concretas. El arte emerge allí como una herramienta imprescindible, al reforzar subjetividades, desatar pasiones y crear, no solo trabajos específicos, sin miedo a mover componentes institucionales y emocionales para que estos se activen.

Esta producción de subjetividades desata la imaginación política y resitúa la defensa de la democracia como un objetivo de primer orden. Nadie duda de la urgencia. Los efectos de la pandemia han acelerado un retroceso que llevaba años gestándose y que ha tomado forma con la degradación de los indicadores que muestran su salud, entre ellos: el populismo que enfrenta al pueblo versus supuestas elites, la amenaza de la corrupción, la dificultad de las instituciones para canalizar las demandas ciudadanas, el incremento de la violencia y el empeoramiento de los equilibrios sociales, consecuencia de un capitalismo que, tal como dice Yanis Varoufakis, “devora las democracias”. La polarización de la sociedad frecuentemente marca divisiones en aparentes bandos irreconciliables. Algunos medios de comunicación, sobre todo las redes sociales, más que abrir un espacio para el cuestionamiento sereno ofrecen al ciudadano tan solo aquello que refuerza su visión, dificultando los acuerdos y consensos. Los condicionantes raciales y de género brotan nuevamente como barreras infranqueables. En un entorno internacional en el que los regímenes o los liderazgos autoritarios amplían su radio de acción, los poderes legislativos y judiciales van perdiendo autonomía para controlar a los gobiernos y gozan de espacios cada vez menores para el debate político libre y constructivo.

En la década de 1970 —a ambos lados del Atlántico— se incorporó un escenario desconocido hasta entonces, el intento de establecer un «gobierno sin política» que dinamite la coherencia ideológica y la pervivencia de ciertos valores ilustrados. Los criterios cuantificables guiarían la búsqueda

del progreso a través del crecimiento, y el ansia de consenso se convertiría en la nueva gobernanza. El fin de la Guerra Fría pareció darle la razón a aquellos que creen que las guerras se pueden ganar sin víctimas propias; sin embargo, las sucesivas crisis posteriores demostraron que la quimera del progreso infinito era tan ingenua como improbable. Todo ello pavimentó el camino al populismo, de la mano de una demagogia fácilmente imaginable y de un burdo juego psicológico. La espiral de violencia que viven muchas sociedades en todo el mundo, la facilidad con la que en Internet se propagan bulos y medias verdades, la equiparación de la ciencia a la mera especulación son consecuencia de una degradación insospechable. Los Estado-nación latinoamericanos, fundados a partir de la desigualdad colonial, usaron hasta la saciedad las palabras libertad, justicia y demás jerga ilustrada, aunque fueran meras coartadas que pretendían apuntalar las estructuras de poder, sobre las que se construyó y abonó la idea de crecimiento cuantitativo como única forma de celebrar el progreso.

El arte puede jugar un papel crucial para revertir este proceso, poniendo en marcha mecanismos de imaginación política que conduzcan a nuevas epistemologías y redefiniciones éticas; opera sobre un lugar impreciso, construido sobre fragmentos de la historia, conflictos inmediatos, la producción de subjetividades y sus propias reglas de juego, las del mercado, la crítica o la institución. A través del trabajo de los artistas podemos observar al mundo desde un posicionamiento crítico, girar la realidad sobre sí misma, subrayar sus contradicciones e imaginar el futuro —aunque prevea distopías que preferiríamos ni siquiera conocer—. El arte transita de igual forma por el análisis, la denuncia, la formulación de propuestas realistas o la exploración de opciones, probablemente imposibles, pero no por ello menos deseadas. Desde su dominio de lo sensorial —las imágenes, los espacios, los sonidos...— actúa como un régimen emancipatorio que camina en paralelo a aquello que promete la palabra, impugnándola en ocasiones y fomentando un espacio de liberación que solo es comprensible desde criterios estéticos.

La discusión del éxito o el fracaso de la modernidad, muchas veces expresada en una reiniciante iconoclasia, funciona en la cultura contemporánea como una verdadera “transvaloración de todos los valores”, en el sentido que Friedrich Nietzsche le dio. Su sentido en una posmodernidad de recortar y pegar, asume su veneración y su persecución en una serie de actos: el plagio, la ironía, la destrucción o el mero desdén. Ante la contundencia de su relato precisamente indeterminado y su persistente permanencia, el camino más decididamente valiente ha sido su descarada revisión. En esa actitud se encierra una contradicción inapelable, la de la generación de nuevos códigos, nuevos lenguajes y nuevas imágenes que se tornarán icónicas. Mientras que Malévich anula la superficie del lienzo; Adolf Loos considera el ornamento como el peor de los crímenes; Marcel Duchamp reniega del objeto a través de su propio mecanismo irónico y Le Corbusier transforma la casa en una máquina en la que vivir, Andrade propugna la necesidad de deglutir y digerir el pensamiento de los colonizadores, al tiempo que sitúa la forma de actuar de los supuestos bárbaros desprovistos

de civilización en el centro de su forma actuar; Torres García, reclama la lectura subjetiva y cada vez más alejada de los gustos dictados desde las metrópolis. Todo eso convierte la revisión de nuestros legados en un continuo del siglo XX que parece alargarse al siglo XXI. La resignificación de algunos de los discursos monolíticos de la modernidad, que han articulado el arte en Latinoamérica desde hace décadas, se convierte en una estrategia poderosa para aquellos que ansían reescribir una historia. Algunos aparatos estéticos aparentemente sólidos y tradicionalmente vinculados al mantenimiento del *statu quo*, son objetivo de apropiación, alteración y redefinición que multiplican las posibilidades de resistencia y denuncia.

El arte actúa en el espacio de lo indeterminado, lo impreciso, lo incorrecto. A través de continuas preguntas, renuncia a cualquier voluntad de verdad indiscutible. Requiere complicidades, pasiones y coraje. Se sitúa entre lo dicho y lo no dicho, en la idea de cuando se dice algo es posible que se quiera decir exactamente lo contrario. Eso es lo que le otorga su desmedido potencial, el pensar que todo puede ocurrir, *quizá mañana*.

**Ferran Barenblit**

**Curador**

16 Bienal de Cuenca